

BERLANGA

Antonio Gómez Rufo

Una cabeza de romano. Un César. Un sociólogo. Berlanga es uno de esos escasos personajes de la vida española contemporánea que han conseguido, en un país en el que nadie es alguien mientras no se hable mal de él, que no se digan maldades acerca de su singularidad, de su presencia e, incluso, de sus deliberadas ausencias. Tal vez sea porque, como ha dicho Umbral, es el sociólogo español que mejor se mete los dedos en la nariz; o puede que sea, también, porque a Luis García Berlanga no le gusta hablar mal de nadie, con la secreta esperanza de que así nadie hable mal de él. Un director de cine que ha sabido huir del insulto y que, de entre los escasos pero significativos que conserva en su biografía, destaca el que le adjudicó el general Franco en un Consejo de Ministros, cuando dijo de él que no era un comunista sino algo mucho peor: "un mal español". Y, en el fondo, fue un insulto muy medido tanto por quien lo profirió como por quien lo recibió: para Franco era grave, pero sobre todo prudente en aquellos tiempos en que no había nada peor que ser comunista; y para Berlanga no pasó de constituir una anécdota exagerada –como toda exageración lo es– que no le quitó el sueño, y es que el patriotismo nunca ha sido, precisamente, divisa que defendiera como cuestión de honor. A Santiago Bernabéu, por ejemplo, el insulto le hubiese hundido, hubiese hecho estragos en su línea de flotación; a Luis, por el contrario, le hizo gracia y alardeó de ello. Y es que lo importante, lo realmente importante y esencial en Berlanga, por encima de su anecdótico personal, es que forma parte de esa elite privilegiada que, como a estas alturas es indudable, pasará a la historia de la cultura española de la segunda mitad del siglo XX.

Berlanga tiene ojillos de listo, ojos azul mediterráneo que guardan siglos de navegación fenicia y parecen destinados a un pícaro tardío de trueques y cambalaches. Tiene ojos de listo, pero a él le gusta aparentar que no lo es. Todo lo contrario: se disfraza de torpe, de patoso, de inútil, y en su peculiar manera de contar cosas, cuando se mete en inescrutables jardines de los que le cuesta un gran esfuerzo salir, su gracia escasa aflora muy de tarde en tarde. Para compensar, posee la mayor dosis de ternura que pueda caber en sus ochenta y un kilos de peso, en sus ciento setenta y siete centímetros de estatura y en su cuarenta y cuatro de calzado. La ternura de un hombre corpulento y a la vez atlético que le hace caer de continuo en la tentación de decir lo que no debe, sin querer hacer daño jamás, pero impelido por una necesidad de hablar que le traiciona a cada momento. Y es que no hay nadie a quien le disguste más permanecer en silencio cuando los demás hablan a su alrededor. De todo tiene opinión, a todo le gusta poner el punto y la coma. Y esta paradoja, en alguien que asegura ser tímido, no es ni mucho menos la única de Berlanga, un ser tan aparentemente contradictorio como, a la vez, sencillo y humano. Porque Berlanga es un caos, de eso no hay duda, un caos que empieza por sí mismo.

Profundamente inteligente, intuitivo y dinámico, tiene fama de ser el número uno en la competición nacional de la vagancia natural, así como dueño de una cobardía confesada y de una manera de ser aprendida de su padre y de su abuelo, para quienes la política fue manantial de enseñanzas en el arte de la diplomacia, la cortesía y la buena educación.

Ya se ha dicho que, con frecuencia, habla demasiado. Dicen voces familiares que en muchas ocasiones "haría mejor estándose callado"; y, sin embargo, sus silencios serían imperdonables. De hecho, si hubiese permanecido en silencio durante los últimos cuarenta y cinco años nada hubiese sido lo mismo en la vida española. Y no se trata de magnificar el cine como vehículo esencial de transformación social, ni su cine concretamente, sino de imaginar lo que hubiese sido del cine español sin su presencia, sin la ruptura que supuso su intromisión en la cultura española, sin sus análisis sociopolíticos llevados a la pantalla como sin querer, disimulando, como una pura coincidencia. En realidad disimuló tan bien durante los años cincuenta y sesenta que la escasa izquierda existente le maltrataba, mientras la omnipresente derecha organizada le odiaba por desclasado y traidor. Y, entre ambas, el pueblo español, el más fiel admirador de su cine (como luego el italiano y el soviético, sobre todo), iba entendiendo a golpe de chiste negro, de ironía y de sarcasmo, que la sociedad española era un convento mugriento en el que ni el padre prior conocía de la misa la media. Berlanga tampoco, claro –así se preocupaba de enfatizarlo él–, pero es que el arte del disimulo, del camuflaje, es el don con que la naturaleza ha dotado a las especies más débiles para preservar su supervivencia.

“Cuando se me hizo un homenaje en la Semana de Cine de Barcelona, a mediados de los años setenta, aquellos que antes me criticaban entonaron un *mea culpa* y manifestaron su error con muchos golpes de pecho. Fue en una mesa redonda que moderaba Ricard Salvat y a la que asistieron algunos colaboradores míos, críticos de cine y otros cinéfilos progresistas en general. Y aquellos que en otro tiempo decían que hacía el juego al sistema, que mi cine no estaba en el realismo social, que no criticaba al Régimen, que no practicaba la militancia estética, en aquel coloquio afirmaron que se habían equivocado conmigo y enarbolaron el pendón del arrepentimiento. Habían dicho que el cine que había que hacer era otro, pero después reconocieron que no, que se habían equivocado.”

Aunque para ahondar aún más en las contradicciones naturales de Berlanga, tampoco estaría de más asegurarse de que sus análisis, sus ironías, su tendencia a la miserabilización de todo y de todos no eran sino un fruto personal, un fin en sí mismo, una manera de expresar deseos íntimos sin vocación revolucionaria, pero sí subversiva. Puede que si Berlanga se hubiese propuesto una confrontación directa con el Régimen, como hizo Bardem, su cine hubiese sido otro, como el de Juan Antonio, y, al igual que el suyo también, inoperante. Tal vez Berlanga no quiso nunca la revolución: lo único que pretendía era la ridiculización. Un arma que sabía manejar a la perfección y que disparaba inocentemente, como si tal cosa, mientras silbaba a las alturas o miraba de reojo los tobillos de las señoras; mientras explicaba con torpeza (un maestro en la torpeza como invitación a la conmiseración) que él no, que él hacía cine para que la gente se lo pasase bien, para quedarse tranquilo, para exhibir sus fantasmas privados y para que quedasen en evidencia los fuegos artificiales que, en definitiva, es la trascendencia.

Así lo dejó por escrito en una cuartilla inacabada que se publicó en la revista *Film Ideal*:

“Histórica y estadísticamente en España los humoristas se reclutan entre dos grandes grupos: los sordos y los amargados. Dado que oigo más o menos bien y que según los críticos soy humorista, he de creer que pertenezco al grupo de los socialmente resentidos. Hasta mi ingreso en el cine yo he sido un señorito de provincias, uno de esos *vitelloni* que tan magistralmente ha descrito otro ex inútil, Fellini; con mis amigos me sentaba en un banco de piedra y veíamos desfilar a la gente. Hemos despreciado a todo el que osaba desfilar por delante de nuestro ocio, pero confieso que no hemos odiado ni sentido envidia al saber que cada uno de aquellos que cruzaban tenía auto, corbata de seda, novia estupenda o elegante tuberculosis. Con todo esto quiero decir que no estoy de acuerdo con los que me encasillan como satírico. Barnizar con una fina ironía, quizá por vergüenza a expresar abiertamente nuestra ternura, todo aquello que nos rodea, no da derecho a centrarle a uno en el áspero ejército de los Aristarcos. Yo soy un gran egoísta que lucho por la felicidad de los demás sólo para que no me molesten. Y por eso mismo no me interesa señalar puntos de ataque a futuros ejércitos sino disfrutar de los paisajes que, en este lado, llamémosle civilización occidental, tenemos. Si pretendo ensanchar, pues, mi cantón independiente, o por lo menos delimitar sus fronteras, surge inmediatamente la calificación de humorista.”

No. Luis García Berlanga no es un humorista en el más exacto sentido del término. Ni por el concepto de la expresión, ni por la naturaleza de la definición. Incluso cuando intenta ejercer de tal en su vida privada, los éxitos no son precisamente para contarlos. Lo que Berlanga ha hecho y sigue haciendo es ironizar sobre lo sacralizado, miserabilizar, desmontar parafernalias y artificios, denunciarlos y desnudarlos, reírse de las normas porque siempre ha pensado que no hay placer mayor que el de la trasgresión. Pero su cine, aunque esté compuesto por un rosario de comedias, no es un chiste continuado, ni mucho menos. Es, por el contrario, un caramelo amargo que, cuando no deja un regusto de rabia, es aún peor, porque es corrosivo como el más dañino de los ácidos. Un cine que, vestido con una ironía que nadie como él sabe utilizar, ha analizado la vida española desde los años cincuenta hasta nuestros días. Y que aún sigue siendo esencialmente válido.

Berlanga nació en la ciudad de Valencia el 12 de junio de 1921: es Géminis. En una ocasión dijo que le gustaría filmar su jubilación, pero tal vez lo que debería haber filmado es una colección de sus grandes anécdotas, esas que le han situado a menudo en el epicentro del esperpento nacional. Una vida disfrazada de indiferencia y pereza que ha conseguido que el adjetivo "berlanguiano" forme parte del lenguaje popular y, tarde o temprano, se incorpore al idioma con las preceptivas bendiciones de la Real Academia.

Le molesta no ser reconocido por la calle ni en los grandes almacenes cuando acude a comprar las mil y una chucherías que le encantan. Y, sin embargo, asegura que le revienta la popularidad porque achica los espacios de una intimidad que apenas tiene. En realidad, es cierto que busca con ahínco pasar desapercibido, que le encanta la soledad en medio de la civilización y que desde pequeño soñó con ser un hombre invisible para poder campar por sus respetos al abrigo de cualquier mirada perturbadora o inquisidora. Pero ambos sentimientos, el de la intimidad total y el de la

vanidad del reconocimiento, conviven en él a duras penas como otra de las muchas contradicciones institucionalizadas de su personalidad.

Y por lo mismo que le irrita la penetración en su intimidad, en sus pequeños secretos, también le molesta ese respeto reverencial que se le dispensa, "y que no me explico". En el fondo, le gustaría que le ofrecieran hacer publicidad de un coche a cambio de que se lo regalaran o le diesen facilidades para comprarlo; luego, si se lo ofrecen, dice que no le gustan esas cosas, ni los homenajes, ni ser reconocido. Como tampoco entiende que alguien pueda tener interés por conocer su vida o su obra. Aunque, en verdad, no sea cierto: a Berlanga, como a todo ser humano, la vanidad le tienta y en ciertos momentos le vence, y pruebas de ello se verán a lo largo de su vida.

Lo que sí es más creíble es que, en su fuero interno, le sorprendan ciertos homenajes o que alguien se interese por él; pero ello es debido a un complejo histórico de inferioridad que nunca reconocerá pero del que no logra desembarazarse; a pesar de estar en la cumbre de la cultura española, Luis cree todavía que las cosas en la vida le han pasado por casualidad, que sus éxitos no son méritos sino engaños y que, cuando al fin se descubran los fraudes, todos le reprocharán la farsa de su vida. Berlanga pertenece a ese tipo de genios que, por lucidez, tiene un temor insuperable a no haberse merecido el éxito del que disfrutan.